

02 | EN PORTADA

Fracaso en cadena. Profesores sin autoridad, padres hiperprotectores, una generación adicta a las pantallas y una clase política irresponsable. Es el cóctel perfecto para explicar cómo la educación ha perdido valor... por mucho que suban las notas

EL GRAN ENREDO DEL SISTEMA EDUCATIVO EN ESPAÑA

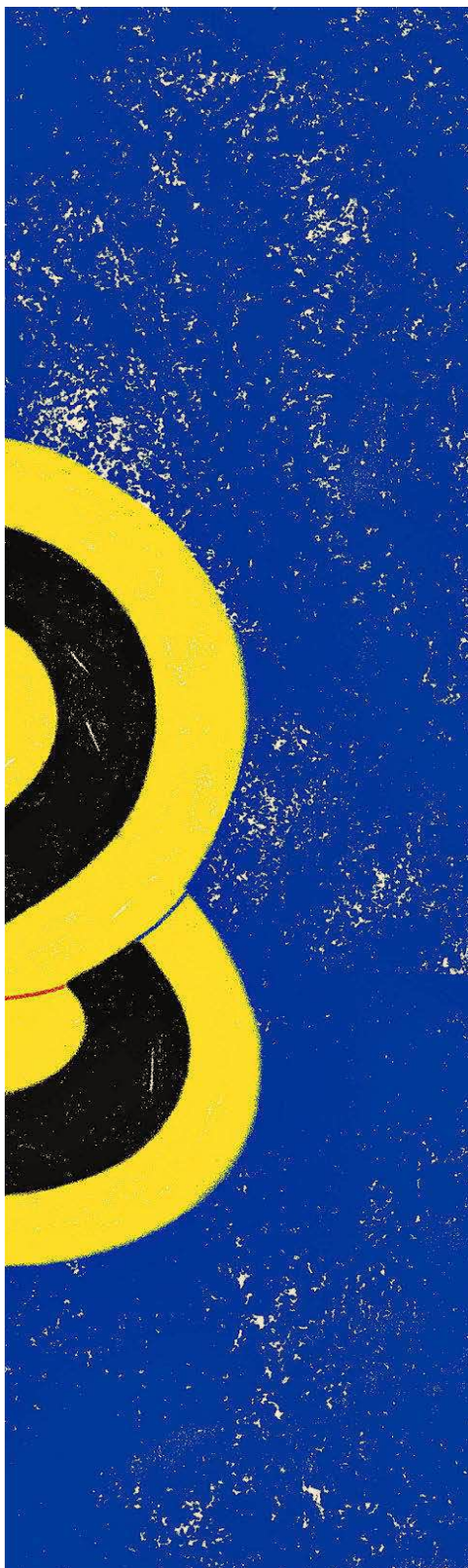
Por *Rodrigo Terrasa*
Ilustraciones de *Carmen Casado*

Hoy me dedico a engañar...». Podría ser un ladrón de bancos, un falsificador de obras de arte, un timador cualquiera o uno de esos trileros que marean una bolita en las narices de los turistas. Pero no. Tampoco es Bernard Madoff, ni Frank Abagnale o el tramposo de Lance Armstrong. Quién habla es un profesor madrileño, un catedrático de Universidad, ni más ni menos. Un auténtico estafador, podríamos decir.

Su confesión hace casi un año decía así: «Hoy me dedico a engañar más que a enseñar». Y tuvo el impacto que tienen hoy las cosas importantes: se hizo viral. Decenas de miles de personas compartieron la carta que publicó el profesor en su perfil de LinkedIn, su texto acumula hoy casi 2.000 comentarios y su reflexión provocó altas dosis de odio, pero también un aluvión de cartas y correos de otros profesores que se vieron reconocidos en su artículo. Como si alguien, de repente, hubiese hecho caer el telón de una mentira monumental, una gigantesca estafa piramidal, el gran simulacro de la educación en España.

«No soy catastrofista, soy realista», advierte el profesor Daniel Arias Aranda (Granada, 1972). Asomémonos un instante a esa realidad de la que habla, a lo más alto de la pirámide. Nuestro país es el segundo de toda la Unión Europea con mayor tasa de





universitarios en paro, un 8,6%, más del doble de la media comunitaria. Sólo estamos por detrás de Grecia. Y tenemos el récord de licenciados y graduados empleados en puestos de baja cualificación, con un 36%. Las empresas se quejan del nivel de formación de las nuevas generaciones y todas las miradas apuntan a nuestra educación superior. Algo debe estar fallando en la Universidad. Los análisis del Banco de España, hechos públicos a finales de 2020, ya sostenían que el elevado desempleo juvenil podía deberse a la menor cualificación de nuestros centros universitarios.

Pero... ¿y si la Universidad es sólo la punta del iceberg, el último síntoma de un problema mucho mayor cuyo origen está mucho antes? Aquella carta viral hablaba de cómo los docentes en los campus se quejan de la subida artificial de las notas en Bachillerato y de las carencias de sus alumnos en conocimientos básicos.

«Querido alumno, no tienes capacidad de expresión».

Los profesores de Educación Secundaria, a su vez, miran más hacia abajo y protestan por la actitud de los adolescentes que llegan del colegio, de su apatía, de la crisis de autoridad en las aulas, de la adicción de los chavales a los dispositivos electrónicos...

«Querido alumno, no estás en clase, estás en Instagram».

Y los de Primaria lamentan que sus estudiantes apenas son capaces ya de aprender a leer o escribir, no tienen las competencias matemáticas fundamentales y acaban su ciclo sin ni siquiera desarrollar habilidades sociales o emocionales.

«Querido alumno, si no quieres cambiar, no te preocupes, te seguiremos engañando».

«Sí, es una estufa piramidal», admite nuestro engañador profesional. Perdón, nuestro profesor. Una farsa en la que participan estudiantes y profesores, pero también rectores, directivos, políticos y, por supuesto, padres. «Tenemos un profesorado cada vez más relegado a la insignificancia, unos padres hiperprotectores, unos dispositivos digitales utilizados para la dispersión mental fomentada por empresas de redes sociales que invierten millones de euros en mantener enganchados a sus usuarios, una clase política que toma decisiones arbitrarias y sin visión a largo plazo en busca del voto fácil... Si lo mezclamos bien, obtenemos el cóctel perfecto para una educación pobre y carente de valor».

Arias Aranda tiene 51 años, es catedrático de Organización de Empresas en Granada y acaba de convertir la carta que publicó en LinkedIn hace un año en un completo ensayo que analiza todas las grietas de nuestro sistema educativo. Su título: *Querido alumno, te estamos engañando* (Temas de Hoy).

¿Cuál es el mayor engaño al que están sometidos hoy nuestros estudiantes?

«El peor es hacerles creer que están más preparados de lo que realmente están, que tienen unos conocimientos que realmente no tienen».

¿Y dónde arranca el problema?

«Evidentemente el engaño empieza en Primaria y va lastrando el aprendizaje en edades posteriores. En esos primeros años las correcciones que tendríamos que hacer serían mínimas, pero no se hacen y así llegan a Secundaria. Y pasan de curso con asignaturas pendientes... Ellos avanzan, pero los conocimientos se van quedando progresivamente atrás y al final tenemos un efecto suma demolidor. La educación se acaba convirtiendo en una enorme discoteca en la que todos los estudiantes van pasando por la puerta sin que nadie les pida la entrada. Y mientras, los profesores miramos hacia otro lado...»

Hasta que un día llegan a lo más alto de la pirámide, saltan al mercado laboral y ¡plaf! El primer portazo en los morros.

El último informe de la Fundación Conocimiento y Desarrollo (CYD) denuncia el «desajuste» entre los

puestos de trabajo en España y la cantidad de universitarios que ofrece hoy nuestro sistema. Cada vez es mayor el porcentaje de graduados superiores en relación con el total de la población (un 40,7% tiene estudios superiores y un 36,1% supera la ESO), pero también crece el número de empresas con dificultades para cubrir vacantes. El motivo, según el estudio, es la falta de autonomía y flexibilidad en las universidades para ajustarse al tejido productivo. Pero también, denuncian los profesores, el deficiente nivel de formación de los estudiantes.

«Hace años que no recomiendo a ningún alumno para ninguna empresa», reconoce Arias.

«La sociedad los rechaza cuando van a pedir trabajo porque tienen un título, pero no saben hacer la o con

«La educación se convierte en una gran discoteca en la que todos los alumnos pasan sin que nadie les pida la entrada»

«La sociedad les rechaza cuando van a pedir trabajo porque tienen un título, pero no saben hacer la o con un canuto»

un canuto», lamenta Clara Eugenia Núñez, catedrática de Historia e Instituciones Económicas de la UNED, directora general de Universidades de la Comunidad de Madrid entre 2004 y 2009 y una de las voces más críticas con el actual sistema educativo. «Tenemos un problema en Primaria y Secundaria que ya ha entrado de lleno en la Universidad, una institución tan extraordinariamente conservadora y rígida que no tiene la flexibilidad necesaria para detectar los cambios sociales. El sistema no está dando al alumno la formación que necesita para una sociedad tan compleja como la actual».

Núñez habla —ella también— de un «fraude a los jóvenes, a sus familias y a la sociedad en definitiva» que nadie se atreve a fiscalizar. Hagamos una última evaluación de la mano de la catedrática: «Los profesores no queremos ponernos en evidencia, ni que se sepa que tenemos menos éxito que otros». Así que aprueban a sus alumnos, aunque no lo merezcan...

«Los centros no quieren tener altas tasas de fracaso escolar ni peores resultados que los centros de la competencia». Así que los alumnos van pasando de curso igual que pasan los días, sin pedir explicaciones a nadie...

«Y los Gobiernos sólo quieren presumir de estadísticas». Así que el político de turno se conforma con dar el sello de legalidad a todo el proceso...

Por supuesto, los estudiantes sólo quieren tener buenas notas y sus padres, alardear de lo listo que es su hijo. «Los padres sonríen y felicitan a sus hijos por el logro, sin importarle si han finalizado sus estudios en la fecha de la graduación», escribe Arias. «Instagram y TikTok se llenan de fotos y vídeos de los recién graduados».

La realidad tiene menos filtros. «Cada vez tenemos más alumnos en la Universidad con poca capacidad de pensar, de analizar críticamente y de comprender lo que leen», lamenta Núñez, que reclama más controles externos y pruebas generales para examinar el nivel real de los estudiantes. «Esto acabaría con el sistema perverso que tenemos», asegura. «Y acabaría con la inflación de notas en Bachillerato».

El porcentaje de aprobados en Selectividad en España ha pasado del 78% al 92% en las últimas dos décadas y en seis años, la nota media ha pasado de un 8,75 sobre 14 puntos a un 10,34. El número de sobresalientes se ha triplicado.

«Hay una tendencia a considerar que sacar más nota en Selectividad quiere decir que estamos ante alumnos más



NOTAS. El porcentaje de aprobados en Selectividad ha pasado del 78% al 92% en 20 años y el número de sobresalientes se ha triplicado

DESEMPLEO. España es el segundo país de toda la UE con mayor tasa de universitarios en paro, un 8,6%, el doble de la media



04

EN PORTADA

listos. Y, con todo el respeto, probablemente no sean ni más listos ni más tontos, simplemente hay una inflación clara en las notas de los estudiantes, algo que no ocurre sólo en España, pero que aquí se ha agudizado en los últimos años», denunciaba hace unos meses Jorge Sainz, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. «Hemos olvidado el objetivo final de la educación», denuncia Clara Eugenia Núñez, muy crítica especialmente con las últimas leyes educativas impulsadas por el Partido Socialista. «Le estamos diciendo a los estudiantes que no hace falta estudiar para aprobar. Es el absurdo total. Es como si le dijéramos a Nadal que no necesita entrenar para que la bola pase al otro lado de la red porque lo importante sólo es darle a la bola, vaya donde vaya. Nuestros alumnos no saben ni dónde apuntan. En los años 60, con tres faltas de ortografía no entrabas en Bachillerato. Hoy puedes aprobar Selectividad sin saber escribir».

Esto es lo que nos dicen los resultados, las cifras y las estadísticas que después desnudan los informes internacionales. Según la última prueba PIRLS (Estudio Internacional del Progreso en Comprensión Lectora), los alumnos españoles de 10 años van un curso por detrás de los ingleses en lectura y un curso y medio por detrás de, por ejemplo, los niños de Singapur. Y la obsesión por los resultados ha llevado a lo que Daniel Arias llama la «McDonalización» de la educación. Es decir, la homogeneización de las titulaciones como si fueran franquicias de *big macs*, la obsesión por la eficacia y una rigidez que hace casi imposible elevar la calidad del producto.

«Imagínate que un día llega un chaval al McDonald's y decide que va a mejorar el Big Mac y le va a poner un poquito de setas y una salsa y va a actualizar un poquito el sabor», cuenta Arias. «Ese mismo día estaría en la calle, porque el Big Mac tiene que ser como es y no se puede cambiar tan fácilmente. Si quieres cambiarlo, tiene que aprobarlo la dirección general de la compañía y pasar los informes a la central de EEUU y esperar una respuesta que quizás nunca llegue. Pues en esa situación está la educación en España. El sistema no quiere asumir riesgos, vamos al mogollón e introducir un cambio es casi imposible, así que los

“Podría prohibir los móviles en clase, pero me da vergüenza... Son mayores de edad y esto no es una guardería”

profesores al final se rinden y deciden no salirse del carril. El sistema no sólo te permite quedarte donde estás, sino que te premia por ello».

Y, mientras, la vida sigue igual dentro del aula. El retrato que hace Daniel Arias de una clase cualquiera en su asignatura es dramático. Grupos de 50 alumnos de los que no asisten más de un 30%. Menos temas y temas cada vez más superficiales, pero más aprobados al final de curso. «Es la filosofía sobre la cual se han construido las leyes educativas en este país: que el alumno siga adelante, que no se traumatice...», lamenta. «Al docente se le ha ido quitando autoridad de forma progresiva y las clases se acaban convirtiendo en un absoluto zoo». Cero debate, cero participación. Trabajos y presentaciones copiados del *Rincón del Vago* que «no pasarían los estándares del teatrillo de Navidad». Problemas de expresión, de comportamiento, de indumentaria en el aula y un completo desinterés de los estudiantes por la materia.

«Hay un problema de apatía generalizada porque vienen de un sistema educativo absolutamente fracasado. Si un alumno levanta la mano, el resto se resopla. Y así acabamos perdiendo incluso a los alumnos más brillantes, que saben que el esfuerzo no

tiene ninguna recompensa. El profesor sabe desde el principio que nadie va a preguntar nada», relata Arias. «Yo me hago las preguntas y yo me las respondo. Y, mientras, los estudiantes sacan su móvil y están allí calentando el asiento en clase, mirando la pantalla y aprovechando el wifi de la universidad, que es muy rápido, para ver una serie o navegar por Instagram». «¿Por qué no les prohíbe usar el teléfono en clase?». «¿A gente mayor de edad?! Podría hacerlo, pero me da vergüenza. Esto debería ser un centro de conocimiento, no una guardería».

“En los 60, con tres faltas de ortografía no entrabas en Bachillerato. Hoy puedes aprobar Selectividad sin saber escribir”

Hace ahora tres años, en plena pandemia del coronavirus, otro profesor, éste de Historia y Geografía y de apenas 25 años entonces, publicaba una columna en la que compartía su experiencia como docente, pero también como alumno casi recién graduado. Se titulaba *Confesiones de un millennial* y denunciaba el fracaso de un sistema que había vivido desde todos los rincones del aula.

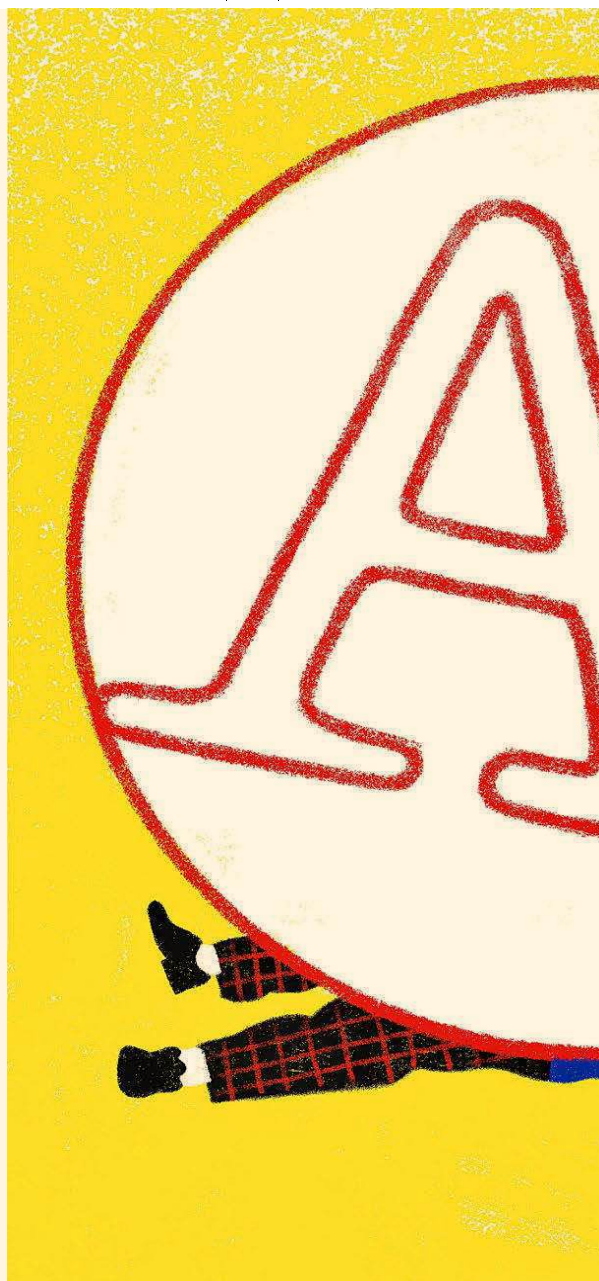
«Miro a mi alrededor y constato que tres décadas de creer en que cada individuo construye su conocimiento han conducido a la frustración absoluta», escribió Pascual Gil Gutiérrez. «Tres décadas despotricando de los contenidos, de la memoria. Tres décadas viendo cómo se recompensaba tanto al que se esforzaba como al que no, tanto al que sabía como al que no. Tres décadas de mucho cómo y muy poco qué. Tres décadas en las que se ha ido convalidando el juicio racional por la intensidad emotiva. Tres décadas en las que las desigualdades socioculturales y económicas sólo se han enmascarado temporalmente tras discursos burocráticos, logroreicos y naïf para emerger de nuevo con toda su fuerza y crudeza en la vida adulta. Tres décadas condenando a importantes bolsas de población a un analfabetismo funcional. Tres décadas después, hoy, muchos se sienten estafados».

De aquella columna salió también otro libro, *Schola delenda est?* (Apostroph), un alegato contra las llamadas «nuevas pedagogías» y las metodologías «llenas de colorines, purpurina y arcoíris», las últimas reformas educativas y el desmantelamiento de la educación pública. «Muchos se han dado de bruce con un mundo adulto que produce vértigo y angustia vital una vez desenmascarada la falsa promesa de que eran absolutamente geniales, rematadamente capaces de todo por el simple hecho de existir».

Hace unos meses, un grupo de 13 profesores reunió también sus reflexiones sobre la «debaque educativa» en nuestro país en *La educación cancelada*, un trabajo coordinado por David Rabadá y Andreu Navarra.

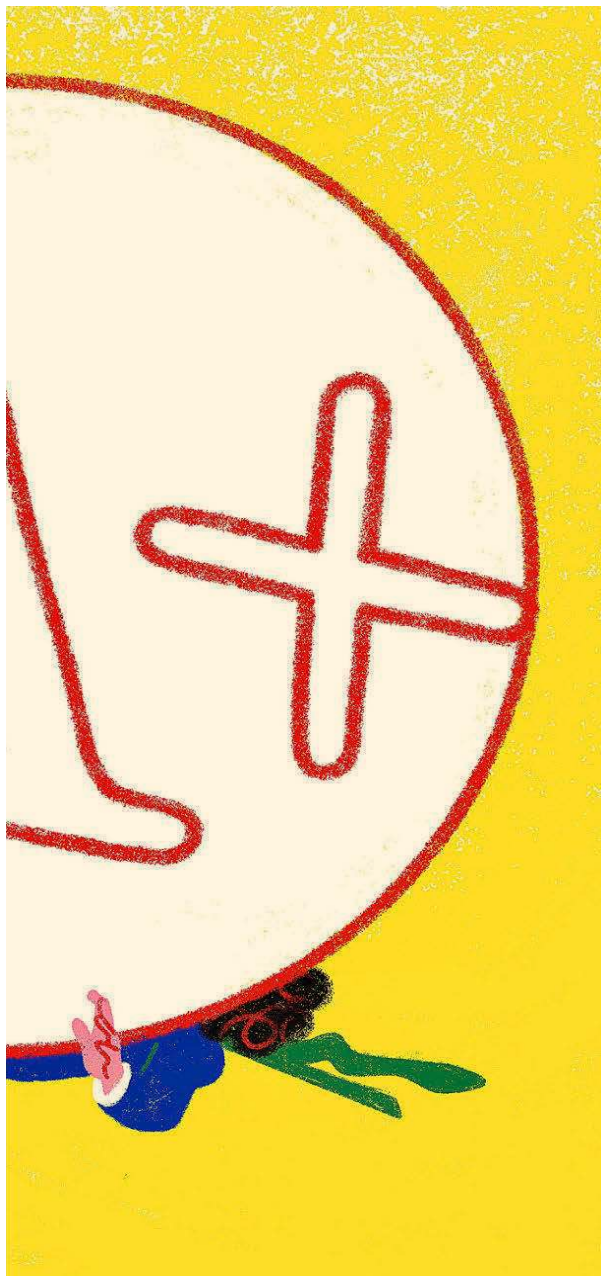
«Yo no me lo creía, pero parece cierto que llegan alumnos a la carrera de Ingeniería que no dominan el sistema métrico decimal o estudiantes de Filología que apenas saben interpretar o redactar cinco líneas de texto», apunta Navarra. «Hay muchas causas: tecnologías que fomentan el simulacro educativo, automatismos que sustituyen funciones cognitivas, cinismo generalizado, cultura pedagógica del disimulo, falta absoluta de rigor cultural y científico... Se ha consolidado el modelo pedagógico competencial, procedente de la gestión de personal en las empresas, lo que ha provocado la desaparición de los contenidos y del papel primordial de la escuela pública. La educación se ha convertido en un simulacro teatral, un postre que maquilla los recortes y un analfabetismo creciente».

¿Tiene solución la educación en España? El libro de Daniel Arias, como su carta hace un año, ofrece un catálogo de soluciones para acabar con «el engaño».



Propone orientar la Universidad a los alumnos más capacitados, «las élites intelectuales», dice, devolver la autoridad al profesorado, aparcando los *gadgets* tecnológicos, incentivar al estudiante, integrar la Universidad en la empresa, abrir los centros todo el año, anclar por ley los pactos educativos y, quizás lo más complicado, mantener la cordura.

«¿Cómo imagina la educación dentro de 20 años?». «Ser optimista no es fácil porque en España hay muchísimo margen para empeorar. Si seguimos dificultando la autonomía del profesor y vamos repartiendo títulos a troche y moche, si dejamos las cosas como están, la situación empeorará progresivamente. Lo que deberían pensar nuestros políticos es que quizás algún día les opere a corazón abierto un cirujano que se pasó las clases de Medicina mirando vídeos de TikTok».



Me dedico a engañar más que a enseñar

Carta de un profesor. Hace un año, un catedrático publicó este texto en LinkedIn criticando el actual sistema educativo. El éxito de su artículo en la red le ha llevado a publicar ahora un ensayo que completa su tesis

Por Daniel Arias Aranda

Cuando publiqué el artículo *Querido alumno universitario de grado: te estamos engañando* en LinkedIn jamás me imaginé la difusión que tendría. En él, ponía de manifiesto algunas de las debilidades del sistema universitario y exponía algunas medidas para mitigarlas. El revuelo mediático fue tal que durante semanas se habló ya no sólo de los problemas de la universidad, sino del bajo nivel de la Primaria y la Secundaria en nuestro país. Recibí (y aún sigo recibiendo) cientos de comentarios con reflexiones profundas de las que he aprendido muchísimo, la inmensa mayoría con ánimo constructivo, incluso aquellas que disentían de mi opinión. A todos los que me lesteis: gracias de corazón. La carta decía así:

Llevo impartiendo clases cerca de 25 años, dos de ellos en la Universidad Complutense de Madrid y el resto en la Universidad de Granada. Por mis clases han pasado directivos de grandes empresas que tenían más o menos mi edad cuando les di clase y otros que han ido ganándose un puesto en la sociedad gracias a su formación y a su esfuerzo. La primera asignatura que impartí fue en 1997. Tenía matriculados a 524 alumnos en cada grupo. Las aulas estaban llenas y algunos alumnos se tenían que sentar en las escaleras porque no cabían. En las horas de tutoría, los alumnos hacían cola en la puerta de mi despacho. Responder todas las consultas, curiosidades, dudas... era tan agotador como satisfactorio. Yo ya tenía 25 años y no recuerdo estudiar más que entonces.

Todo lo anterior es tan sólo un eco del pasado.

Hoy me dedico a engañar más que a enseñar. Los grupos hoy son de unos 50 alumnos, de los cuales raramente viene a clase más de un 30%. Los que vienen, lo hacen en su mayoría con un portátil y/o un teléfono móvil que utilizan sin ningún resquemor durante las horas de clase. Me sé mejor las marcas de sus dispositivos que sus rasgos faciales. Es raro que alguien pregunte, por mucho que se les incite a hacerlo. Quince minutos antes de que acabe la clase ya están recogiendo sus cosas, deseosos de salir.

Cada vez me siento más como un profesor del instituto de una serie mediocre de los 80 que como un catedrático. Me da vergüenza mandar callar a universitarios constantemente. Soy consciente de que, para vosotros, soy sólo un estímulo más que compite con el vasto imperio de internet. Evidentemente, soy más aburrido que un video de influencers de TikTok.

Como respuesta a este panorama y, siguiendo las cambiantes normativas universitarias (siempre peores que las anteriores), los profesores hemos tomado cartas en el asunto con las siguientes medidas:

–El nivel de la asignatura ha bajado.
 –Hacemos parciales como establece la evaluación continua para aprobar a un mayor número de alumnos, pues un número de suspensos superior a lo que la universidad establece como límite conlleva una sanción que influye en el presupuesto del departamento.

–El nivel de los trabajos y presentaciones de los alumnos no pasaría, en su mayoría, los estándares del teatrillo de Navidad de Primaria.

De este modo, cumplimos el contrato-programa, el departamento es feliz, la universidad es feliz, nuestros alumnos aprueban, creen que saben algo y son felices y nosotros languidecemos ante la triste realidad.

Por eso, te digo que me dedico a engañarte, querido alumno. Vives una mentira que nosotros edulcoramos. Si quieres seguir viviendo en tu burbuja, no sigas leyendo: voy a contar lo que hay detrás de *Matrix*.

Aquí van algunas realidades que no te van a gustar:

1. Te faltan habilidades básicas. No tienes capacidad de expresión.
2. Por ello, cuando entregas un trabajo o haces una exposición de un texto que has copiado de Wuolah o El rincón del vago, sé de sobra que no lo has escrito tú.
3. Por supuesto, al exponer en clase, te limitas al efecto *karaoke*, leer los interminables párrafos que has cortado y pegado.

4. No sabes estar. Baluceas, te encorvas, no fijas la mirada, llevas una o las dos manos en los bolsillos, vienes a una exposición en chándal o con *leggings*... No te dignas a respetar la institución milenaria que te acoge. No entiendes lo que eso significa y tampoco tienes ningún interés en saberlo.

5. Si tu expresión es limitada, tu escritura lo es más.
 6. Jamás hubieras superado esta asignatura hace 10 o 20 años.

7. Tu nivel de lenguas extranjeras es nulo.
 8. Las habilidades *blandas* brillan por su ausencia. ¿Liderazgo, resiliencia, trabajo en grupo? Son básicas para cualquier empleo. Hace años que no recomiendo a ningún alumno para ninguna empresa.

9. Vives anestesiado por las redes. ¿Te crees que no me enteró? Mientras doy clase veo tu cara de soslayo tras la pantalla con risitas y yo sé que explicar la cadena de valor de la empresa es de todo menos gracioso. No estás en clase, estás en Instagram.

Estos puntos son sólo la cima del iceberg. Los profesores estamos hartos de formarnos en técnicas docentes multidiversas y de pelajes exóticos para motivar al alumnado. Lo que está claro es que si tú, estudiante, no tienes interés, yo no puedo plantarlo en ti. Pero sí puedo hacerte creer que vales, aunque sepa que es mentira. Me he convertido en un experto en

“La Universidad es feliz, los alumnos aprueban, creen que saben, y nosotros languidecemos ante la triste realidad”

hacerlo porque el sistema me lo exige y cumplo.

Podemos echarle la culpa a la Universidad pública y tiene bastante, pero no toda. «Si quieren calidad, que se vayan a la privada», he escuchado por ahí. Puede que la Universidad pública reaccione cuando la privada le coma la tostada, cosa que está haciendo muy bien.

No quiero terminar exponiendo un problema sin dar soluciones. Las hay. Pero para ello hay que romper el paradigma en que estamos sumergidos y ser muy valientes. He aquí algunas propuestas incómodas:

1. No somos todos iguales. Hay estudiantes con vocación e interés eclipsados por la mediocridad. Centrémonos en ellos. La Universidad es para formar a las élites intelectuales. Antes de que me llaméis facha, esa frase es del insigne Gregorio Peces-Barba.

2. Devolvamos al profesorado universitario las competencias perdidas como autoridad intelectual.

3. Reforcemos las capacidades básicas en enseñanzas no universitarias.

4. Eliminemos cualquier rastro de *gadgets* tecnológicos en la enseñanza. Darle un *chromebook* a un niño de 10 años es como darle una cuchilla a un bebé.

5. Hacer sentir a los chavales orgullosos de quiénes son y dónde están, con admiración hacia lo que les rodea y hacia otras culturas.

6. Fomentar la cultura de la competición y la colaboración en todo tipo de enseñanzas. El esfuerzo conlleva recompensa, a veces a largo plazo. Si tu hijo es malísimo en Matemáticas, pero le encanta tocar la guitarra, quizás tengas que ponerle un profesor particular en guitarra y no en mates. Y el sistema ha de aceptar esto. Saquemos lo mejor de cada individuo.

7. Flexibilicemos los primeros años universitarios y de FP. ¿Empiezas Informática y no te gusta? Hagamos pasarelas. Que una mala decisión no frustre una vida.

En fin, querido estudiante, esto es lo que hay. Quizás seas la excepción a todo lo escrito, pero los números me dicen que las probabilidades son inferiores al 10%. En todo caso, no busques la solución en el Estado, ni en los sindicatos, ni en los cantos de sirena de los *-ismos*, ni en las redes sociales. La solución está en ti. Si tú cambias, el mundo cambia. Y si no quieres cambiar, no te preocupes, te seguiremos engañando, haciéndote creer que lo estás haciendo muy bien.

Extracto de un texto publicado por el catedrático Daniel Arias Aranda en LinkedIn el 30 de diciembre de 2022.